



Gloria Alcorta  
*El Hotel de la Luna y otras imposturas*  
Buenos Aires: Leteo, 2022 [1958]  
260 páginas

### **El sutil desplazamiento de las palabras: cuentos de Gloria Alcorta**

Fabián O. Iriarte<sup>1</sup>  
Universidad Nacional de Mar del Plata

Fue Jorge Luis Borges —según cuenta Christian Kupchik en su prefacio a esta selección de relatos— quien le propuso a Gloria Alcorta (Bayona, Francia, 1915 - Buenos Aires, 2012) publicar su primer libro en 1935, cuando ella tenía 19 años. Recién llegada de Europa, en un barco en el que conoció a dos de las hermanas Ocampo, Angélica y Silvina, comenzó a frecuentar la casa de San Isidro de la familia de sus nuevas amigas. Así

---

<sup>1</sup> Dr. en Humanidades (University of Texas at Dallas, 1999); Licenciado en Letras (UNMDP, 1987). Profesor titular de Literatura Inglesa y Literatura Comparada en la UNMDP. Co-director del grupo de investigación “Cultura y Política en Argentina” y director del grupo “Problemas de la Literatura Comparada” (CE.LE.HIS.). Colabora con ensayos y traducciones en publicaciones literarias periódicas y es autor de varios libros de poesía, entre los más recientes: *Con sutiles artimañas* (Buenos Aires: El Jardín de las Delicias, 2023) y *The Confessions* (Seattle, WA: Entre Rios Books, 2023; trad. Lawrence Schimel). Correo electrónico: < [iriarte@mdp.edu.ar](mailto:iriarte@mdp.edu.ar) >.

conoció a Borges, que insistió en leer sus poemas (“Están en francés”, fue la defensa inicial de Gloria para intentar ocultar esos textos a los que no les daba demasiado valor), la acompañó a la Imprenta Colombo e inclusive le ofreció escribir él mismo un prólogo para *La Prison de l’Enfant* (que además acompañaron una serie de litografías de Héctor Basaldúa). En ese prólogo, Borges se admira de que “el universo poético y sintáctico que nos propone Gloria Alcorta empieza –yo diría casi insolentemente— por la perfección”, y continúa: “encuentra estas palabras sutilmente desplazadas sin las cuales las operaciones de la poesía no existirían” (Alcorta, 2022, 15). “Palabras sutilmente desplazadas” son una descripción apta para calificar también la prosa de Alcorta.

Prestemos atención, por ejemplo, a los dos elementos finales de esta lista de “maravillas” que la voz narradora asocia con los temas habituales de un personaje femenino: “Petra estaba visiblemente nerviosa y ya no hablaba de las misteriosas islas vecinas, a las que todos llamaban ‘las islas felices’, ni tampoco de ninguna otra maravilla, como los rubíes de un cadmio o la angustia de un escorzo...” (31). Ni los rubíes ni el cadmio ni el escorzo volverán a aparecer en el cuento, pero han brillado, por un momento, en un desplazamiento que no está relacionado con la función argumental sino con la función poética, y eso es suficiente. No podemos dejar de estar de acuerdo con la apreciación que leemos en el número monográfico que la revista francesa *Brèves* dedicó a la escritora en 1999: “El asombro y la sorpresa son dos grandes atributos de su escritura para lograr un estilo que conduce directamente al misterio” (24).

Gloria Alcorta provenía de una familia de estirpe notable: era biznieta, por vía materna, de Agustina Rosas de Mansilla (hermana de Juan Manuel de Rosas, el Restaurador, y madre de dos escritores del siglo XIX, Eduarda Mansilla y Lucio V. Mansilla); y, por vía paterna, como la hija menor de Rodolfo Alcorta, era nieta de

Amancio Alcorta (ministro de Relaciones Exteriores de los presidentes Luis Sáenz Peña, Miguel Juárez Celman y Julio Argentino Roca) y biznieta del otro Amancio, el músico, muchas de cuyas composiciones se perdieron, a excepción de las que recopiló y editó su nieto, Alberto Williams. El linaje se cernía sobre sus hombros como los tres nombres con que la habían bautizado: Gloria Rosa Francia, que le daban ocasión de reírse de sí misma: “¿te das cuenta? Un verdadero horror” (11).

Este libro consta de nueve relatos, pero —como se aclara en una oportuna advertencia preliminar— no incluye exactamente todos aquellos que formaban parte de la edición original de la Editorial Sudamericana en 1958, que constaba de tres secciones: “Imposturas”, “Cuentos de América” y “Relatos de un sonámbulo”. El editor conservó los tres cuentos de la primera sección y los tres de la tercera sección, pero reemplazó, “para que el lector tomara contacto con los diversos registros narrativos” de la autora (27), los dos cuentos de la segunda sección por tres cuentos extraídos de otros dos libros de Alcorta: *Noches de nadie* (Sudamericana, 1961) y *La almohada negra* (Emecé, 1981). En traducción al francés de Claude Couffon y prefacio de Jean Cassou, *L’Hôtel de la Lune* fue publicado años después en París (Albin Michel, 1964).

Francia, y sobre todo París, fue siempre un segundo hogar de la escritora. Nacida en la ciudad de Bayona, en la Aquitania francesa, su lengua materna fue el francés, aunque en su casa familiar “practicó el bilingüismo” (11); alojada por un tiempo en la casa de su hermana mayor, un *palazzo* en Turín, Italia, a raíz de la muerte de su madre en 1932, y luego estudiante en un colegio protestante en Roma, Gloria viajó por primera vez a Buenos Aires, Argentina, en 1935, a sus 19 años. En 1936, de nuevo en París, contrajo matrimonio con Alberto Girondo, hermano del poeta Oliverio, con quien tendrá dos hijas y un hijo. (A su marido le dedica el cuento “Los Valentini”, incluido en esta selección).

En 1951 regresó a Buenos Aires, donde publicó otro libro de poemas escritos en francés, *Visages / Rostros* (Ediciones Botella al Mar), con traducción al español de Rafael Alberti; al año siguiente, en Francia, un jurado de prestigiosas figuras (André Gide, Jules Romains, Jules Supervielle, Henry Troyat, Jean Paulhan, entre otros) le otorgó el Prix Rivarol por este libro.

En 1958 sucedió algo muy extraño relacionado con la publicación del libro de cuentos objeto de esta reseña: *El hotel de la luna* se ganó el reconocimiento de colegas, críticas y reseñas excelentes, aceptación del público lector, pero también causó una (¿inexplicable?) ofensa en Victoria Ocampo, ofensa más bien absurda, dado que uno de los cuentos (en una versión al español hecha por José Bianco, que luego la propia Alcorta reversionó) había sido incluido dos años antes en *Sur* (N° 239, marzo-abril de 1956), la revista de la propia Victoria. Kupchik anota en su prólogo que un estudio reciente de Diana Guelar, Vera Jarach y Beatriz Ruiz<sup>2</sup> indica que “la directora de *Sur* tuvo una reunión con Pedro Eugenio Aramburu” a fin de solicitarle al gobierno de la así llamada Revolución Libertadora a que la proscribieran, obligándola a exiliarse (Alcorta, 2022, 21-22). De nuevo en Francia, Alcorta comenzó a desempeñarse como enviada especial del diario *La Prensa*, cubriendo el Festival de Cannes, realizando reportajes a actores y directores, escribiendo cuentos y novelas en francés y en español, y recibiendo honores y premios varios. Quizás menos conocido es el episodio que seguramente le causó más sinsabores en su vida, que relata su amigo Antonio Requeni en “Recuerdos de Gloria Alcorta”:<sup>3</sup> el secuestro de su hijo y su detención en la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada) en los años de la última dictadura cívico-militar.

---

<sup>2</sup> *Tierra que anda: Los escritores en el exilio* (Buenos Aires: Ameghino, 2002).

<sup>3</sup> En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Tomo LXXX, julio-diciembre de 2015.

Gloria movió cielo y tierra para salvarlo. Lo consiguió gracias a Jean D’Ormesson, escritor y académico que se había desempeñado aquí diplomáticamente y conocía a algunos militares argentinos. Desde entonces, el hijo de Gloria vive en París. Fue él quien alojó a su madre en una distinguida residencia geriátrica de Buenos Aires cuando, ya nonagenaria, Gloria empezó a sentir los efectos del Alzheimer. Un día la visité e invité a comer en un restaurante próximo. Fue un encuentro tenso y doloroso. Su mente estaba ya envuelta en la niebla de la desmemoria. Cuando la devolví a la residencia tuve la impresión de que ella no supo con quién había estado comiendo. Así vivió hasta que en 2012 se apagó su vida. Tenía 96 años. (Requeni, 2015, 203).

Alcorta dedica algunos de sus cuentos a Silvina Ocampo, Luisa Mercedes Levinson (con cuyos estilos su estilo acaso puede asociarse), Olga Orozco, Jules Supervielle, entre otros y otras. Un rasgo sobresaliente es la extrañeza que causa la inserción de una oración o un párrafo que parece apuntar hacia una dirección diferente de la que parecía dirigirse el relato, como una especie de incongruencia onírica. La aterrada narradora de “Salustio”, por ejemplo, hace una pausa antes de concluir su relato y nos confiesa: “Hay días en que me siento como si flotara en un arroyo entre flores salvajes y renacuajos. En la lejanía hay una terraza con señoras de blanco que van y vienen como sobre un escenario, recordando hechos pasionales” (Alcorta, 2022, 206). La alusión teatral nos hace pensar en la pobre de Ofelia, de *Hamlet*, pero trasladada a un café llamado “La campana de Núñez” en el que suceden “hechos del género misterioso” (204), como la presencia de muertos que se suicidan repetidas veces. ¿Flota la sombra de Shakespeare?

---

Nos 335-336, pp. 199-203.

En otro cuento, “El círculo”, un personaje solamente aludido se llama Desdémona (como la infortunada esposa de Otelo) y su apellido es Ross (como un personaje secundario de *Macbeth*), pero la protagonista es Isabel de Valenzuela (cuyo apellido luego muta significativamente a Mansilla, apellido familiar de Gloria Alcorta), otro personaje femenino que parece desencontrarse en una nube de desvarío y locura, acaso causados por la muerte de su hijo con ese hombre que ella ahora no reconoce como su propio marido, ni siquiera en su desnudez: “Hasta le pareció haberle oído pronunciar la palabra ‘choc...’ ¿De qué ‘choc’ se trataba?” (137).

Al leer los cuentos “El hotel de la luna (Una noticia policial)” y “La gran laguna”, los asocié, vagamente (no en términos de “influencia”) a los cuentos de Borges, “Emma Zunz” y “La intrusa”, respectivamente. Esta vaga asociación, debida a algunos pocos rasgos de los argumentos y las situaciones, pero no del léxico ni de la sintaxis, quedó atenuada hasta que llegué a “Infierno o el Juego de las cruces”. El narrador, uno de los tres prisioneros encerrados en las celdas del palacio imperial, reflexiona, después de escuchar el anuncio del líder (o “caudillo” o “la hidra”), Ismael de Altamira (cuyo apellido también muta a Sánchez) de perdonar la vida al primer sujeto del imperio que supiera razonar: “Pero el tirano había leído a Borges y pretendía competir con la inventiva de don Isidro Parodi, sólo Dios sabe con qué intención” (210). La alusión se ha hecho explícita, aunque con una intención metaliteraria algo irónica. Más adelante, cuando el prisionero-narrador se pone a razonar y tiene una epifanía, nos dice: “el problema impuesto por el tirano ávido de competir con la inventiva de don Isidro me pareció de una sencillez feudal” (212). *Seis problemas para don Isidro Parodi*, libro de cuentos de “H. Bustos Domecq”, el seudónimo conjunto de Borges y Adolfo Bioy Casares, había sido publicado

por la editorial Emecé en 1942. Breve homenaje y agradecimiento, entonces, a Borges, mentor temprano de Alcorta.

Muertos que viven, fantasmas que deambulan entre los vivos, personajes que parecen tener sus dobles, diálogos que siguen una línea “lógica” hasta que se desvían por una tangente son habituales en estos relatos. “Los Valentini”, además de ser casi la transcripción de un juicio por falsificación y venta de obras pictóricas que (al principio) son copias e imitaciones, rápidamente se convierte en una fábula irónica y tal vez profética acerca del mercado del arte, sus contradicciones, sus dilemas. El o la narradora, asistente y testigo del juicio, también ofrece, aquí y allá, intuiciones que acaso —si juntas— podrían constituir una breve “teoría del arte”:

El mecenas no ignoraba, sin duda, que las grandes obras no siempre nacen únicamente del pincel de sus autores, y que éstos a menudo no son sino un médium encargado de transmitir la expresión de un desgarramiento que no les pertenece...

(103)

Antonio Requeni comenta, a modo de conclusión de sus recuerdos de Alcorta: “Acaso el personaje excedía a su obra. Su vida fue, tal vez, su mejor novela” (Requeni, 2015, 203). Al publicar esta selección de relatos, la intención declarada de Christian Kupchik —que agradece el aporte de datos sobre la autora a Augusto Munaro, Raúl Cuello, Matías Rais y Hubert Haddad, además de Requeni— fue rescatarla de un olvido inmerecido. Como parte del “Apéndice”, hay una selección de declaraciones de la escritora misma, extraídas mayormente de *Travesías* (Buenos Aires: Sudamericana, 1977), libro de conversaciones de Alcorta con Olga Orozco, con Requeni como coordinador, y del número monográfico de la revista *Brèves*, editado por H. Haddad. Allí leemos: “Escribo para engañar a la angustia, porque tengo miedo, para no naufragar, para sentirme viva, todavía un poco, y

con la esperanza de que en el momento deseado, el amigo desconocido me tienda la mano desde un continente a otro” (236). Nos sentimos ese “amigo desconocido” de Gloria Alcorta, ahora que leemos sus cuentos.